



DON QUIJOTE en guerra

Nº 3

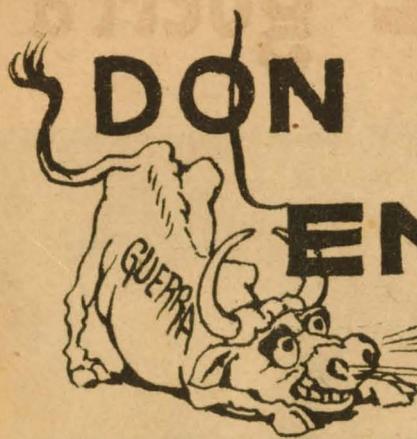


EL ALEMÁN.— Si rehusais mi leal mano de paz, no olvideis que en la otra tengo una fuerte espada.



Precio: 20 CTS.

DON QUIJOTE EN GUERRA



LANCEADOR



EN FRANCIA

(Impresiones de viaje)

DON QUIJOTE tomó en la estación de Francia una tercera para París. Iba provisto de un rogado y oneroso pasaporte expedido en el Consulado francés donde ya causó admiración el talante altivo y guerrero del Don Quijote desfacedor de entuertos.

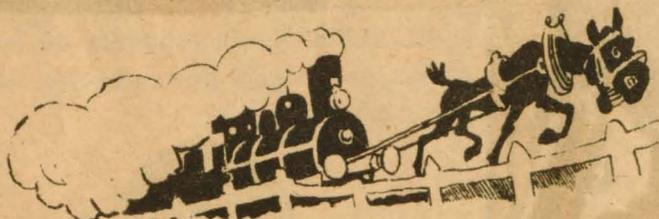
Seguramente—decían los horteras aliadófilos—éste esforzado hidalgo sería una valiosa adquisición para



poner una pica en Flandes y para defender en el frente franco-inglés la Libertad, la Justicia,

el Derecho, la Civilización y... la Renovación.

Don Quijote tuvo grandes deseos de replicarles que no sabían lo que se pescaban, que se mamaban el dedo y que eran tan majagranzas como Sancho Panza, pero no teniendo tiempo que perder porque su tren salía antes de tres minutos les volvió con desgaire y rapidez el traspontín, llegando con recias zancadas al andén con los tres minutos de tiempo... Partió. La máquina del exprés marchaba algo más que a



paso de rocinante, resoplando con pena porque su caldera era la incontable víctima de la crisis del carbón y de todo otro alimento locomotor por las maquinaciones de los cuadrillajes francófilos.

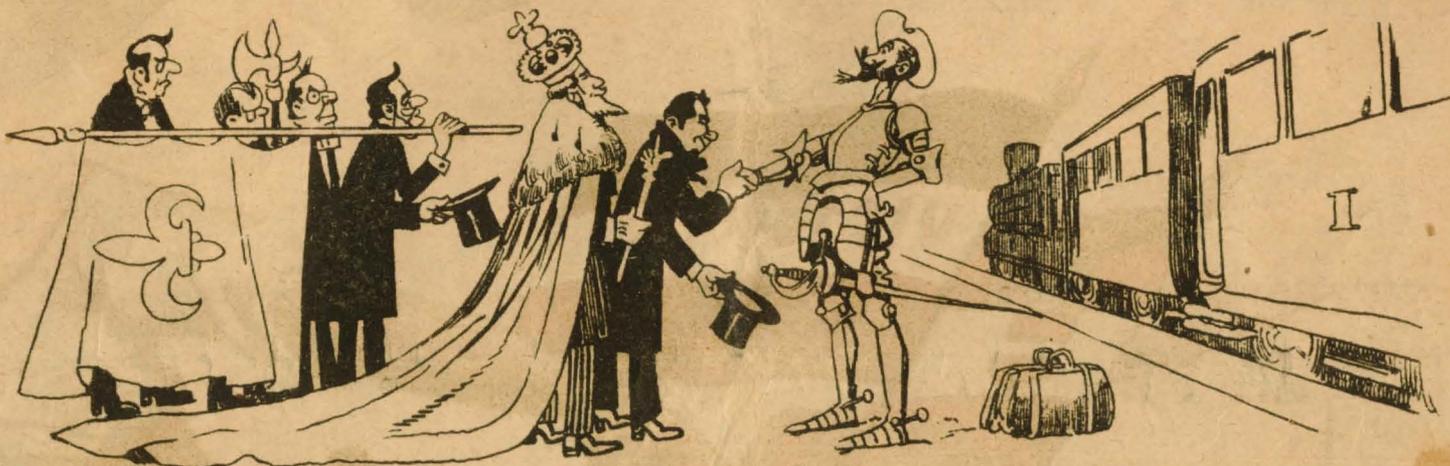


Al llegar a la frontera tuvo la suerte Don Quijote de vislumbrar al emperador del Paralelo—familiarmente, Lerroux—, en la postura más cómica y humillante de verse zapateado en las asentaderas por uno de los muchos jornaleros españoles engañados por los intervencionistas embaucadores y logreros. Esos desdichados regresaron a sus pueblos con el bolsillo y el estómago vacíos, perseguidos por la policía francesa que por órdenes de sus jefes y despreciando todo derecho y los convenios internacionales, querían incorporarles a los tropes de senegaleses, sudaneses y demás ejemplares de la «fauna» africana llevados al frente no obstante sus salvajes mutilaciones.



A lo largo de su trayecto Don Quijote solamente oyó clamores por la paz y a los más energicos imprecar al Gobierno, mostrando los puños cerrados a los que conducían tropas. Hasta algunos «peludos» gritaban: ¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz!... Con gentil donaire y voz reposada mantuvo Don Quijote un levantado parlamento con el hijodalgo que tenía frontero, haciéndole éste la confidencia de que el Gobierno francés le había hecho un importante pedido de cordones de zapatos para los presos de la Santé arrestados por comerciar con el enemigo y que debían ser apiolados en sus celdas

Al fin Don Quijote llegó a la afamada villa parisiense. Fué recibido con todos los honores en el an-



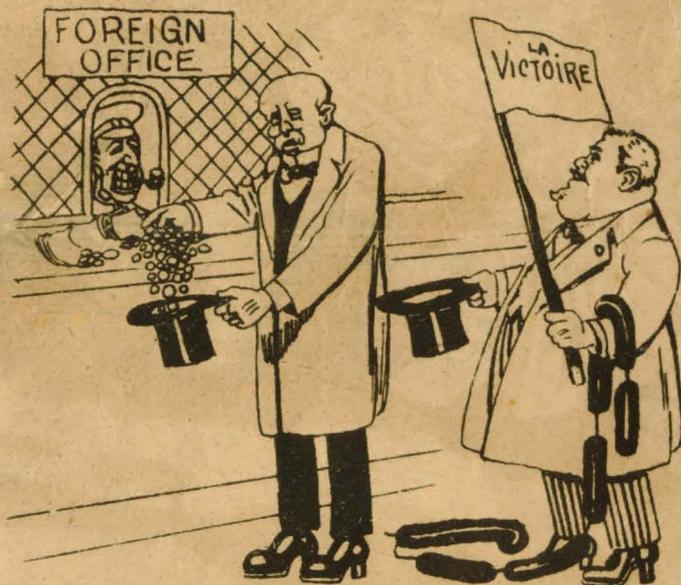
Mr. Poincaré escogió las bailarinas más lindas de los teatros de moda para hacerlas servir de blanco a

dén por una delegación oficial de «L'Action Française» y del «Nouveau Régime», en la que figuraban Mr. Leon Daudet, su jefe y futuro rey de Francia, Felipe de Orleans y una retrasada escolta de «Camelots du Roy». Se saludaron ceremoniosamente y monsieur Daudet invitó amable a Don Quijote al suntuoso banquete que se daba en honor del «Golpe de Estado» que iba a ser un hecho en París para derribar la República en nombre de la realeza y del Imperio.

los «peludos» quienes confesaron que tales «tiros» eran infinitamente más agradables y menos peligrosos que las rociadas del frente.



Después del opíparo festín Don Quijote se encaminó boyante a los bulevares del Centro donde pudo conversar con algunos reclutados para el frente que le explicaron los recientes ejercicios de tiro inventados por el Gobierno y practicados por el ejército.



Todo ello indignó al hidalgo manchego y mucho más cuando al alejarse de aquellos parajes acertó a ver en la sucursal del «Foreign Office» a Clemenceau y a Hervé-Fumier cobrando una cuantiosa suma en pago de su patriotismo desinteresado y su propaganda «revanchista» entre los franceses desmoralizados. Inútil decir que el que se la embolsaba en su gabina era Clemenceau.

...Nuestro héroe hubiera querido ver el ejército francés en su frente; se le disuadió, habría visto tan sólo australianos, rusos y tonkineses, como sólo podría ver americanos en Burdeos e ingleses en Calais. Don Quijote ante tanta farsa se resolvió súbito a tornar a sus campos de Agramante y del Toboso.



LA ULTIMA ESPERANZA

LOS CRISTALES DEL BARBERO

o las apariencias engañan

HOY que parece hay un marcadísimo interés en hacer ver a la opinión pública quién fué el promotor de la guerra que aniquila la humanidad, me parece oportuno dar a la publicidad un ejemplo de indiscutible veracidad.

Hay en mi barrio un barbero que, como la mayoría de ellos, pretende justificar una vez más, aquello de que la barbería es un centro enciclopédico por excelencia.



Hace pocos días, mientras me servía, me discutía con más calor que con conocimiento de causa, lo referente al culpable de esta horrenda lucha.

Yo seguía su oratoria balbuceando de vez en cuando una frase, para romper aquella incoherente peroración.

Llegamos al fin de su trabajo y entonces, dirigiéndome a mi interlocutor, me expresé en esta forma:

—Hasta aquí usted ha estado procurando hacerme ver, según su opinión, que Alemania desató esta terrible guerra.

Ahora me toca a mí, pero antes he de rogarle, no me interrumpa, según hice yo con usted.



Usted es un industrial, que no se mete con nadie, y que se desvive para lograr que su clientela quede absolutamente satisfecha de su trabajo, y para ello, no repara en sacrificios; pues hasta tiene como un alto orgullo el procurar que sus dependientes sean, al igual que usted, chicos de esmerada cultura y buena y sana manera de trabajar.

Ello ha contribuido a que no sólo su clientela sea adicta, sino que vaya engrosando de una manera satisfactoria para usted.

En cambio en la próxima manzana, hay otro industrial, colega suyo, que es completamente el polo opuesto.

Siempre procura con sus maneras molestar, no solamente a sus clientes, que él considera obligados a su establecimiento, sino que su trabajo deja tanto que desear, que, al fin va observando que poco a poco, aquellos clientes van desapareciendo.

En su desesperación, al ver que sus intereses comerciales sufren una baja horrorosa, no sabe ver que



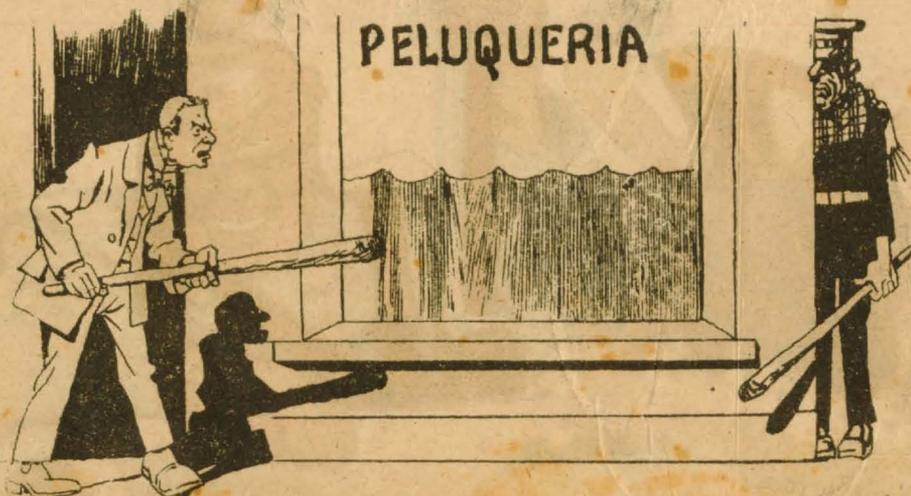
sólo es debido a su carácter la pérdida de su clientela, y puesto al acecho, descubre que aquellos de quienes él vivía, han venido a engrosar la clientela de usted, ya de sí numerosa y adicta.

Sin reparar en las consecuencias y ofuscado por su falsa preponderancia, no se le ocurre otra cosa, que vengarse de usted en vez de procurar modificar su carácter, base de su ruina, y para ello, escoge la hora más favorable para obrar.

Una noche usted queda sorprendido al ver hecho añicos uno de los cristales de su tienda, y al salir a la calle, no vé a nadie que le infunda sospechas



Esta pesada broma, se repite, diez, veinte, treinta, cien veces, y entonces usted, con toda la razón, se prepara para castigar a aquél que osa perturbar la tranquilidad de su casa.



Compra usted una vara de fresno, lo más recia posible, y la tiene siempre a mano, para cuando la necesite.

Pone al propio tiempo un vigilante que no pierda de vista a ningún transeunte, y un día, como era de esperar, coge infraganti a su desesperado rival.

Sale usted de casa, y con la vara de fresno, sacia su cólera en aquél que durante tanto tiempo le estuvo molestando y perjudicando.



Los transeuntes que en aquel momento pasan por la calle, exclaman al unisono: —¡Qué bárbaro! ¡Qué fiera! ¡Qué sinvergüenza!— dirigiéndose a usted y saliendo a la defensa del apaleado, pero ignorando que éste, hacía ya mucho tiempo le rompía los cristales de su establecimiento.—

Amigo lector que has tenido la paciencia de leer estas mal hilvanadas líneas, has llegado a comprender quién es el causante de la paliza?

Conformes en que Alemania, empezó a defenderse, pero también conformes, en que a la rubia Albión le pasaba lo que al industrial que se arruinaba

JUAN MARQUÉS

GALANTERIA INACEPTABLE



Deme V. la mano...

¡No...! Todavía tiene la suya manchada de sangre española.



Cinismo yanki.

ALSACIA Y LORENA



ELLAS.—Nada queremos con un desastrado. No pensamos en ti.
EL.—¡Mesalinas!
EL ALEMÁN.—Acércate, atrévete a violarlas.